

ideología dominante desde sus propias bases teóricas. Ellos utilizaron los argumentos culturales conservadores como elementos legitimadores de profundos cambios materiales. En lo cultural eran conservadores, en lo económico muy progresistas. Como los liberales de ahora, pero al revés.

M.O.: La competitividad, la fragmentación de las voluntades, juega su rol, entonces y ahora.

E.H.: Sí, eso te lo enseñan en el sistema educativo y en los programas televisivos de competición, te lo enseñan en el deporte, en los concursos de OT o los de Masterchef o de estas cosas que vemos en televisión habitualmente. Están todos dándose unos a otros para ganar a costa de cargarse al que tienen al lado. Es el tipo de valores que nos está transmitiendo la sociedad, que el ser humano es competitivo, y el que está a tu lado va a jugártela y que por tanto es mucho mejor que se la juegues tú antes.

M.O.: Ahí entran los debates actuales sobre lo material y lo cultural.

E.H.: Si la revolución conservadora ha triunfado es porque ha difundido una serie de valores culturales que en su momento han enganchado con la gente, pero la base es material. Por ejemplo, si estamos 4 personas hambrientas y nos echan un trozo de carne los valores culturales se van al garete, lo importante es la base material, el contexto en el cual se echa el trozo de carne, la situación de partida, condiciona lo que ocurra. Parece absurdo que en el capitalismo, cuya base es lo material como fuente de poder y el control de los recursos, descontextualicemos los elementos culturales o identitarios.

M.O.: ¿Qué tiene que ver todo lo que planteas con la recuperación de la geopolítica como eje de análisis?

E.H.: Tiene que ver todo. El gran movimiento geopolítico de los últimos tiempos es el repliegue de Estados Unidos sobre sus fronteras en varios sentidos. Lo que ha hecho Trump, algo que Obama ya inició, es identificar a China como el gran enemigo comercial y como posible potencia hegemónica futura, y concentrar más poder y recursos bajo bandera estadounidense para combatir a los chinos. Es una recomposición del orden mundial en la que Trump toma medidas fiscales que le permiten repatriar capitales, asegura empresas productivas en el interior y expande las empresas tecnológicas en el exterior. Casi todas las grandes tecnológicas son estadounidenses. Eso significa que Uber obtiene recursos de España que antes no recibía, que Airbnb o Amazon retraen recursos de nuestro país y de todo el mundo hacia Silicon Valley, lo que implica expulsar, en ese proceso, a determinados

sectores dominantes de base nacional, unas élites que tenían acuerdos tácitos en el mundo global y que se veían beneficiadas en el reparto de guerra de clases desde arriba. Pero a día de hoy, los fondos de inversión globales poseen casi la mitad de la capitalización bursátil del IBEX35,



“Programas competitivos de televisión te enseñan que el de al lado va a jugártela y es mejor que se la juegues tú antes”

“Si a cuatro personas hambrientas nos echan un trozo de carne los valores culturales se van al garete”

“Para una Europa fuerte más que un ejército europeo haría falta un estado de bienestar sólido”

que son los mismos que han comprado propiedades inmobiliarias a precio de saldo y están inflando la burbuja de los alquileres.

M.O.: ¿Lo que le viene bien a Uber no le viene bien al Banco Santander?

E.H.: Las empresas tecnológicas están aprovechando una tecnología que les permite ocupar espacios hasta ahora cercados para las élites nacionales. Cuando Ana Patricia Botín se queja del escaso gravamen que las empresas tecnológicas soportan, lo que quiere decir es que esas empresas, a través de los instrumentos financieros que ya tienen, y que van a ir a más, y de los servicios que prestan, se están quedando con una parte del mercado del Banco Santander. Estas empresas tecnológicas

tienden a tener una situación monopolista a nivel global, se alimentan de lo ya existente es decir, y lo convierten en fuente de rentas. No producen algo nuevo sino que cambian el destino de los beneficios: lo que hacen es transformar cada sector estableciéndose como mediador monopolista y los recursos que se quedaban pequeñas empresas o autónomos ahora van hacia la empresa tecnológica. La industria turística, hoteles, alojamientos, desplazamientos en la ciudad, es un ejemplo claro de esto. Uber, Airbnb, Facebook o Google son parte de lo mismo, y sectores tan distintos como los medios de comunicación, los taxistas o los hoteles de cualquier ciudad son sus víctimas.

M.O.: ¿Qué papel le queda a Europa en todo esto?

E.H.: En el juego global que dominan con claridad dos grandes potencias, EEUU y China, lo ideal sería contar con una Europa fuerte, y para ello, más que un ejército europeo, hace falta un estado del bienestar sólido, porque es lo único que puede dar cohesión interna a Europa. Un país o una región internamente rotos es un enemigo al que resulta muy fácil vencer. Pero esta idea de la cohesión social no interesa a Alemania ni a los países del norte europeo que, llegado el momento, pueden decidir desprenderse del sur. La cuestión es que a lo mejor mientras debatimos sobre si España quiere ser o no soberana, los acontecimientos nos obligan a medio palzo a tratar de serlo. En el mundo global convendría barajar seriamente las opciones posibles y cuáles son las más apropiadas y, para mí, la idónea sería una Europa fuerte, en el sentido que ya he dicho, con lazos de amistad con Rusia, el espacio euroasiático tiene capacidad para garantizar la soberanía de cada uno de los espacios que lo conforman, especialmente si se complementa esa capacidad tecnológica europea con la riqueza energética asiática, podría ser una opción. Hay otras, eso es algo que está por verse. Pero en este tipo de mundo, los aliados son indispensables.

M.O.: ¿La solución puede ser crear una especie de ALBA de los países del sur de Europa?

E.H.: El ALBA de los países del sur de Europa solo es viable con un socio referido a una de las potencias principales. Puedes ir de la mano con Portugal, pero con una deuda enorme y sin soberanía energética, tal y como sucedió en América Latina en los 80, tenemos que dedicar una buena parte de la recaudación del Estado a devolver capital e intereses, una situación de debilidad en la que se encuentran el resto de países con los que se podría construir ese ALBA del sur de Europa. Es el momento de pensar si queremos seguir siendo el subordinado de Alemania o socios de EEUU, Rusia o China.

Medios de injusticia

La arbitrariedad del poder judicial comienza en la Universidad, se despliega en la promoción de la judicatura, y se justifica en los medios

MEDIACIONES

Francisco Sierra

franciscosierracaballero.net



España es un país de relaciones públicas lastrada por el abuso del capital social. En lugar del mérito debido prevalece la mediocracia, la movilidad según los medios y contactos disponibles. Recientemente, un informe publicado por el diario.es daba cuenta de la estricta reproducción endogámica de las élites. En España, documentaba el estudio, existe un alto grado de desigualdad en el acceso a la universidad, en la herencia de la ocupación de padres a hijos y en el sueldo entre personas con el mismo nivel educativo. Entre todas las ocupaciones que más se heredan de padres a hijos destacan los empresarios y profesiones liberales (abogados, médicos. Los hijos de jueces, abogados y profesores de universidad tienen entre un 12% y un 20% más posibilidades de acceder a la clase directiva y profesional, que los hijos de albañiles con el mismo título educativo. Estas son las profesiones de los padres que otorgan mayores ventajas a sus hijos por canales irregulares (conexiones, transmisión directa del negocio, información privilegiada sobre procesos de selección y oposiciones), independientemente de las competencias y del principio de equidad y debida transparencia propias de una sociedad moderna. Como resultado, se reproduce la brecha de clase en la que los hijos de profesionales liberales y empresarios obtienen las mayores ventajas en el mercado de trabajo en comparación con hijos de la clase obrera con el mismo nivel educativo. Alguien nacido en una familia de jornaleros en el campo andaluz que aspire a ser juez tiene ínfimas posibilidades comenzando por el hecho de que apenas un 4% logra acceder a la universidad. Similar suerte corren los hijos de familias de la periferia urbana cuyos padres trabajan en el sector primario (pesca, minería), en la construcción, o en el sector servicios de baja cualificación (empleados domésticos, limpiadores, cocineros y conductores de camiones). Los hijos de padres en estas profesiones alcanzan tasas de graduación universitaria entre el 8% y el 17%, cifras considerablemente por debajo del nivel medio de la población (24%). Mucho se ha hablado de la endogamia universitaria que incluye la herencia del oficio de padres a hijos y de ello bien podemos dar cuenta del franquismo a este tiempo en España, pero poco o nada se dice del mismo proceso en la alta magistratura del Estado. En Espa-

ña, el poder judicial como otros ámbitos de la actividad pública (la carrera diplomática o militar) ha estado reservada en su cúspide a las clases nobiliarias y de la alta burguesía. Crisis como la del Tribunal Supremo se explica en buena medida por esta falta de competencia. Y se agudiza cuando la crítica de la Opinión Pública y los propios medios exponen en el escaparate catódico su inconsistencia. La respuesta de jueces y el poder judicial no es otra que matar al mensajero y negar la propia incapacidad. Bien es cierto que el espectáculo informativo no conoce de normas ni de procedimientos. Prevalece en el populismo mediático la cultura del ojo por ojo, la voracidad deshumanizante como principio y final de toda mediación. Una cultura del insulto y la venganza que tiende a destruir al otro sin conmiseración a base de dichos, indicios y conjeturas. La cobertura de sentencias y conflictos como el de las hipotecas resulta poco o nada proclive a la escucha activa o al diálogo como condición existencial. Por ello los

La brecha de clase muestra las mayores ventajas en el mundo del trabajo que tienen los hijos empresarios y profesionales liberales con igual nivel educativo.

tiempos de la justicia diferida tienden a acomodarse al ritmo de la noticia en una suerte de telerealidad que rezuma violencia simbólica por doquier. Así, el simulacro de nuestra actualidad es la repetición continua de la lucha de clases en la representación del poder como dominio, tanto en la forma de sentencia (siempre performativa) como en el discurso informativo. Casos como el de Gabriel Cruz o Diana Queer dan cuenta de esta lógica devastadora que los medios alimentan por necesidades de rating y una fingida moral de la causa justa. Ahora, antes que toda mediación espectacular, cabe preguntarse si los medios de injusticia no parten de la ausencia de una mediación social equilibrada en el acceso a la impartición de justicia. La arbitrariedad no depende de la conformación del Consejo General del Poder Judicial. Se produce en la Universidad, se despliega en la promoción de la judicatura, y se justifica en los medios, por ello la airada respuesta de los jueces a las críticas ante casos como la Manada. La falta de justicia es una cuestión de medios y de mediaciones. De gente con clase que no tiene miramientos en reproducir sus privilegios instalada en el clasismo y la aporofobia. Por ello la justicia es ciega y la televisión ojeriza. Ver para creer.